

Homenaje a Nemesio Antúnez

Justo Pastor Mellado

Nemesio Antúnez ha sido distinguido con la Medalla Apóstol Santiago, por su trayectoria artística y su labor como director del Museo Nacional de Bellas Artes. El Concejo Municipal de Santiago, en el marco de los 452 años de la fundación de la capital, le ha otorgado este reconocimiento por su aporte a la difusión de la cultura y el arte.

Si fuera posible sintetizar en tres puntos los aportes de Nemesio Antúnez al desarrollo del arte chileno contemporáneo, habría que coincidir, primero, en que jugó un rol de importancia en la transferencia del arte abstracto, a comienzos de los años '50; en segundo lugar, que fue artífice de la refundación y

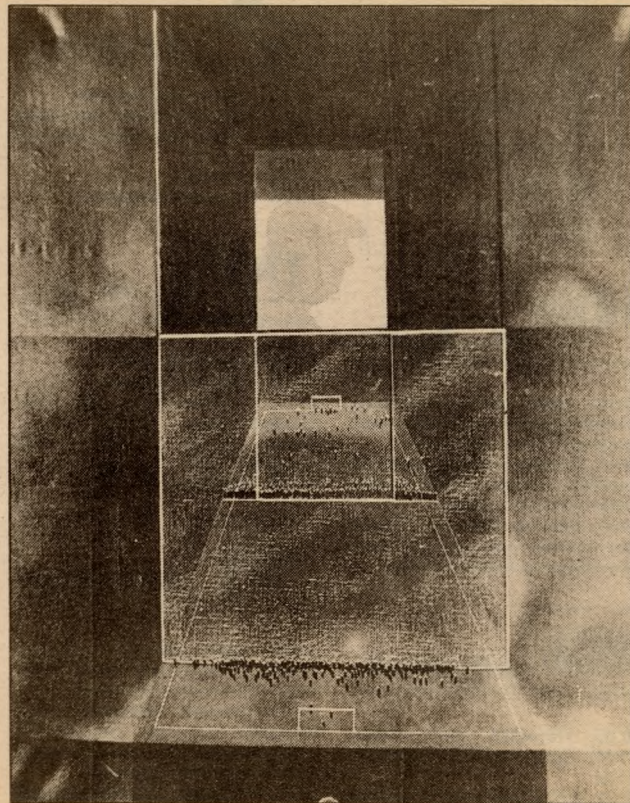
potenciamiento del espacio del grabado, al crear a fines de dicha década el Taller 99; y, en tercer lugar, que a fines de los '60, fue el actor principal de la conversión del Museo en un centro cultural activo y dinámico.

Estos tres aportes, que deben ser puestos en consonancia con los distintos períodos por los que ha atravesado su obra pictórica, se materializarían a través de toda una vida, tensionados por la doble figura del artista y del animador cultural. Tanto una como otra dimensión se influenciarían mutuamente, con distinta intensidad, en cada período consignado, dando lugar a un estilo de organización del campo cultural, que en más de alguna ocasión dejaría huellas visibles en sus

cuadros. Es así como sus canchas pobladas de pequeños signos quedarán como un ícono distintivo de un cierto período de la sociedad chilena, que luego se perdería. De alguna manera, la segmentación regular del espacio del cuadro reproducía zonas de distinta intensidad cromática, poniendo énfasis en la noción de límite y de exclusión.

Observo atentamente su *Neruda en el estadio* (81x65 cms), de 1969. Parece tomar prestado el rayado de cancha, las normas para "rayar" la cancha de su propia obra. Los signos diminutos se aglomeran, se disponen, se ordenan siempre detrás de las líneas, para señalar la inmensidad del campo vacío deseado. Los arcos indican, por omisión gráfica, la elocuente

existencia de una superficie de reparación. Para la pintura, esto tiene una importancia capital. Se pinta, siempre, en esa superficie, que es la de mayor riesgo. En el recuadro del fondo, sobre la sección central de la zona superior, la silueta inquietante de Neruda parece señalar el peso de la sombra acarreada en su discurso. En términos estrictos, ¿Qué hubiera sido la pintura de Nemesio Antúnez sin el zócalo de la poesía de Neruda? Los cielos chilenos poblados de volantines, como otras canchas aéreas; las cordilleras las eróticas, profundidades de la tierra; los estriados cubre-camas como mortajas transformadas en manteles convivales; todo esto, al pie de la letra, ya figura en la memoria colectiva de todos los chilenos.



Neruda en el estadio. Santiago 1969.